

viajera. Le expuse mi problema y me dijo lo siguiente: «Los japoneses son muy supersticiosos. El misterio del día perdido se basa en una antigua leyenda, según la cual al acercarse al Japón se debe sacrificar un día de la vida al dios Hakurakuju. Yo no soy supersticiosa, pero después de la terrible prueba que tuvimos en el último viaje, en la persona de un ruso medio ateo, casi llego a creer en la leyenda. El tal ruso no quiso anular el día y exigió que se le sirviera la comida por partida doble, para compensar el día perdido. En su calendario era todavía jueves cuando para el resto de pasajeros era viernes. Pues bien, en su última comida se le atragantó una espina y estuvo a punto de morir».

Salí a toda prisa al puente, a tomar el aire. Allí se me ocurrió la idea de dirigirme al hombre encargado de aguantar las latas y responder a todas las tonterías que se les ocurren a los viajeros.

El sobrecargo, pues ya habrán adivinado que de él se trataba, dijo amablemente:

«Es muy sencillo. Algo elemental. Cada día, a las dos de la madrugada, como usted sabe, retrasamos el reloj media hora. Está Vd. enterado, ¿verdad?»

«S... s... sí — tartamudeé —. Claro, yo también lo hago. Hem... hem... me levanto todas las noches a poner el reloj a la hora en punto.»

Me miró de mala manera y prosiguió: «El sol cruza un meridiano cada cuatro minutos. Como la tierra es redonda, si se viaja siguiendo al sol, se llega forzosamente al punto de partida. El sol emplea un día en hacer este viaje y la suma de los minutos retrasados da un total que equivale a la rotación de la tierra. ¿Sigue Vd. el razonamiento? La tierra gira sobre su eje,

y el sol también gira, aunque no alrededor de la tierra. Esta es la razón de que perdamos un día.»

Manes de Eistein! — pensé; y huí de mi vecino.

Cuando llegamos a Yokohama, un hombre hecho polvo descendía la pasarela, tratando todavía de comprender qué había ocurrido con el día robado a su vida por un abusón capitán de barco.

La explicación científica es la siguiente: Como la hora del meridiano es distinta para cada grado de longitud, lo que implicaría dificultades, se ha adoptado en la mayoría de países un sistema de *zonas de tiempo*. En los límites de cada zona el tiempo varía bruscamente en una hora. En las zonas al este de Greenwich el tiempo va sucesivamente una, dos, tres, etc., horas adelantado y en las zonas al oeste va retrasado. El meridiano 180 se llama «línea de la fecha». Al este de Greenwich el tiempo en la zona doce estará doce horas adelantado y al oeste doce horas retrasado. En la zona del meridiano 180, hay pues, una discontinuidad de 24 horas. Si en Greenwich es media noche (entre el 20 y el 21 de agosto, por ej.) la hora de un barco que se acerca a la «línea de la fecha» desde el oeste sería medio día del 21 de agosto, pero la de uno que venga desde el este, será medio día del 20 de agosto.

Esta anomalía se arregla al cruzar la «línea de la fecha» con el método que intrigó al Sr. Berry; la fecha del primer navío se cambia por la del 20 de agosto, repitiéndose un día y la del otro por la del 21, anulando un día, que es «El día anulado» del Sr. Berry.

Mike Berry

Extractado por JUAN MASSOT.